

URBANISMOS 1947-67

Fernando Ramón

A mí me llegó “La Ville Radieuse” –aquella deslumbrante propuesta de Ciudad Moderna de Le Corbusier– me llegó a través de Roberto Puig, mi compañero del comienzo de la carrera. A él se la había pasado, por lo visto, un sobrino de Secundino Zuazo; ello debió ocurrir a finales de los años 40. No consigo recordar ninguna otra fuente donde haber podido beber, en aquella España de entonces, algo de lo que luego ha dado en llamarse “urbanismo”, o “urbanística”. En la Escuela de Arquitectura de Madrid, en aquella época, ni de pasada se nos hablaba de nada que lejanamente tuviera que ver con la arquitectura de la ciudad. Si acaso, con esa rama de la construcción, tan poco arquitectónica, casi ingenieril, que llamamos “urbanización”: pavimentación, alcantarillado, infraestructuras,...

Y hacia París me encaminé, sediento, en 1952. Visité por el camino L’Unité de Marsella y, ya en París, fuí recibido por el mismísimo Maestro, que, al día siguiente, salía para Chandigarh.

Fue por entonces cuando el arquitecto Pedro Bidagor se preocupó de arrimar el urbanismo a la arquitectura española. A una arquitectura característicamente corporativista, como la que consiguió desarrollarse en nuestro país después de la

1 “...La profesión (de arquitecto) tendrá que agradecerle siempre el que, al entrar (en ella, “por la puerta falsa”) llevara a la ciudad bajo el brazo como objeto de proyecto arquitectónico”

(FERNANDO RAMON: “Miseria de la Ideología Urbanística”, Editorial Ciencia Nueva, Madrid, 1967; pg. 76).

Guerra Civil. Para ello tuvo que adentrarse en fragosidades jurídico-administrativas para las que nadie hubiera pensado que la profesión arquitectónica fuera, precisamente, la más preparada. Pero es que su inspiración y garantía de éxito le venía de un precedente –por italiano– típicamente legalista: la **Legge urbanística** musoliniana, de 1942.

Para cuando me titulé, la Ley del Suelo ya había visto la luz pública, pero no es de extrañar que lo que aquella Ley podía ofrecerle a un alevín de arquitecto fuera bien poco. Junto con mis compañeros, seguíamos buscando inspiración más allá de los Pirineos y allende los mares. Toda la información sobre tema tan candente nos venía de fuera, desde Iberoamérica incluso. Curiosamente, tanto la Casa Americana como el Instituto Francés contaban en sus bibliotecas con un amplio surtido de libros y revistas sobre arquitectura y urbanismo. Así es como pude yo leer a Hilberseimer y a Mumford, por ejemplo, y otros libros de Le Corbusier más recientes. Y así es como, con una ignorancia urbanística sólo relativa, se nos ocurrió a Lucho Miquel y a mí, con Heidi Stucky, una amiga suiza que andaba por entonces por Madrid, el presentarnos, nada más terminar la carrera, en 1957, al concurso internacional **Berlín Hauptstadt**.

A la inversa, lo que los arquitectos eran capaces de brindar a la máquina administrativa recién inventada parecía muchísimo: una imagen de lo que se ponía a la venta, que valiera más que mil palabras. Y los arquitectos españoles nos pusimos a ello. Formando equipo con Lucho Miquel y Antonio Vallejo Acevedo, me presenté, en 1959, a uno de los primeros concursos convocados por la Dirección General de Urbanismo, recién creada, al de la Huerta del Rey, en Valladolid. Nos declararon fuera de concurso (por ser la propuesta “cerebral en exceso”), pero, por lo visto, conseguimos impresionar a los representantes de la Dirección General: nos dieron una mención “especial”. El hecho es que, en una reunión masiva de arquitectos relativamente jóvenes, aspirantes a urbanistas, convocada por Bidagor, en la que éste anunció que iba a haber trabajo para todos y que nos iría llamando, anticipó que nuestro equipo ya tenía algo que hacer: una “normativa urbanística”. Fue entonces cuando se levantó Sainz de Oiza y dijo que él no iba “a aceptar una normativa elaborada por esos...”, y no se le oyó más porque José Luis Romani, tirándole de la manga le hizo sentar y callar. Lo que dijo, en voz más baja, fué “esos comunistas”. De aquel posible encargo no volvimos a saber más; “incompatibilidad ideológica”, se diría hoy. Y como tal, un tanto equívoca, añadiría yo: me consta que ninguno de los tres, por entonces, sabíamos nada del fantasma que aún recorría Europa. Es más, en un artículo, que yo escribí y que firmamos los tres, y que nos publicó Carlos de Miguel –tan aperturista, siempre– en su revista, incluíamos una serie de citas de Martín Buber, Landauer y Camus; pensadores rematadamente comunistas, seguramente, en aquellos tiempos, para algún energúmeno, entre los “vencedores”; pero anticomunistas cervales para algún otro energúmeno, entre los “vencidos”.

Aquel artículo, “Sobre urbanismo”, tuvo, para mí y para la historia que nos ocupa, consecuencias decisivas. Citas aparte, se trataba de una elaboración bastante rigurosa de la teoría lineal de la ciudad, a partir de retazos de información difusa y dispersa. Casualmente, algunos meses después, el Profesor George R. Collins, de la Universidad de Columbia, publicó, en la *Architectural Review*, de noviembre de 1960, un artículo muy importante, “*Cities on the line*”, sobre ciudades lineales, con amplia referencia documentada a Don Arturo Soria y Mata. Esa fue la primera vez que yo leía algo consistente sobre tan insigne madrileño y su teoría. Ni corto ni perezoso, le mandé a Collins una copia de nuestro artículo, presentándolo como singular producto de algún tipo de generación espontánea, desarrollado, paradójicamente, en la misma ciudad de la Ciudad Lineal; reconociendo, eso sí, mi atrevida ignorancia sobre el tema. Con su característica generosidad intelectual, el Profesor Collins, desde entonces, se preocupó de disipar esa ignorancia. A través de él fue como me enteré de tantas y tantas cosas... Y creo que, conmigo, otros muchos españoles se enteraron por el mismo camino de muchas cosas de otros españoles –y no españoles–, por entonces ignoradas u olvidadas: de las de Soria y Mata, desde luego, de las de Guastavino, de muchas del mismo Gaudí, pero también de las de Sitte... Y de las de la Brigada Lincoen ¡qué caramba!. Pero hay algo más por lo que le estaré especialmente agradecido a George: el haberme presentado al nieto de Don Arturo, a Don Arturo Soria y Espinosa, un republicano si los hubo, recién llegado del exilio, fuente inagotable de información. El me dio a leer los originales de los artículos de su Abuelo revolucionario, de 1882, en *El Progreso*.

Fue también por aquel año de 1961 cuando, junto con Miquel y Vallejo, decidimos hacer un viaje a Inglaterra, a estudiar las *New Towns*. De pronto; creo que sin siquiera saber quién era Ebenezer Howard. Ahora pienso que no entendimos casi nada de todo aquello y que perdimos una buena ocasión de enterarnos de lo que la “ciudad jardín”, tantas veces evocada por Soria, la ciudad de la socialdemocracia triunfante, en la realidad, podía ser. Nunca me olvidaré de un encuentro que tuvimos, en una de nuestras visitas, en Salford, al lado de Manchester, con el Director municipal del programa de vivienda estatal. Aprovechamos la ocasión para aleccionarle sobre las ventajas indiscutibles de la vivienda en altura, del *flat* frente a la *house*. Llamó a todos sus arquitectos para que nos escucharan; resulta que, por entonces, él y otros funcionarios (i)responsables de la política de vivienda inglesa acababan de descubrir la industrialización de la construcción: vivienda en edificios de 12, 15, 20, 25 alturas. Son esos descomunales edificios, precisamente, los que hoy están siendo dinamitados...

En Londres, conocí personalmente a Peter Reyner Banham, de quien había traducido y publicado algunos artículos, y llegamos a hacernos muy amigos. El es el que nos encaminó hacia un auténtico sueño arquitectónico-urbanístico socialista (tan auténtico como *L'Unité* de Marsella, 10 años anterior) hecho realidad: **Park Hill**, en Sheffield, recién inaugurado (Prendidos de tan incontrovertible evi-

dencia es como desembarcaron aquellos arquitectos españoles, al día siguiente, en Salford). Pude visitar **Park Hill** con mis alumnos veinte años después, en pleno thatcherismo, y, aunque, ya entonces, podían apreciarse, en la triste apariencia de los vecinos, los estragos del liberalismo realmente existente, el imponente edificio seguía desafiando a toda una historia llena de desencantos.

A la vuelta de Inglaterra, redactamos un informe para la Dirección General de Urbanismo, que luego fue publicado por Carlos Flores, en su revista Hogar y Arquitectura, y tuvimos que demostrar lo que habíamos aprendido encargándonos de la revisión del Plan General de Segovia. Aquello acabó como el rosario de la aurora. No se nos había ocurrido otra cosa, en nuestra propuesta, que eliminar la fábrica de anís La Castellana –la de Don Nicomedes–, un chamizo mismamente situado frente a la estación de ferrocarril; sustituyéndola por una hermosa plaza, de entrada a la Ciudad de Segovia. El Alcalde y el Arquitecto municipal modificaron nuestros planos –con nuestra firma– y los sacaron a información pública. Yo no quise participar en la componenda que se nos brindó y cada miembro del equipo tiró por su lado. Me parece que ninguno de los tres volvimos a trabajar para Bidagor.

Visité los Estados Unidos, el verano de 1962: Chicago, Washington, New York y, finalmente, Boston, para encontrarme con George y Cristina Collins; en su casa de Cape Cod. El día de mi partida, antes de coger el avión de vuelta, George me enseñó su Boston: Richardson,... pero también Gropius, Aalto y Le Corbusier/Sert. Y se paró en una librería para comprarme el “Communitas”, de Paul & Percival Goolmann.

Al año siguiente, en 1963, fue cuando visité Cuba; el pretexto era un congreso de la UIA. Allí estaba, desde hacía dos años, mi otro compañero de principios de la carrera, Joaquín Rallo. El, nada más acabar en la Escuela, se había ido a hacer un master a Filadelfia; luego se fue a probar fortuna a Venezuela y, finalmente, había escogido la Cuba revolucionaria; y yo admiraba su elección. Joaquín daba clases en la Escuela de Arquitectura de la Habana. Lo que me sorprendía es que lo que enseñaba fuera tan bauhausiano ¡Itten! en plena Revolución; recién construidas las impresionantes Escuelas de Arte de la Habana, sobre los terrenos del Campo de Golf prerevolucionario, que es lo que –verdaderamente entusiasmado– él me enseñó a mí; pero aquello era lo que le habían enseñado a él en Filadelfia, y, en todo caso, siempre será más fácil hacer arquitectura marxista-leninista de Gropius que de Gaudí. Pero la experiencia del “pueblo y sus líderes”, en la Plaza de la Revolución, me la pasé yo solito, aquel 28 de septiembre, tercer aniversario de la creación de los famosos comités de defensa.

Evidentemente, el Mundo estaba cambiando. Y yo, después de tanto viaje, me había vuelto cargado de libros; alguno de ellos, bastante legible. Pero ya ninguna teoría urbanística parecía satisfacerme; ni siquiera las del abuelo de mi buen

amigo. Es cuando él me decía: “Usted, Ramón, es víctima del ilusionismo estéril y de la asimilación tergiversadora”, y yo me reía.

Hacia 1965, me pareció necesario escribir un artículo desmitificador sobre Don Arturo Soria y Mata y Carlos Flores se prestó a publicarlo en su revista. Por seguir desmitificando, escribí otro sobre Camilo Sitte. Es cuando Carlos Flores, al publicarlo, añadió una nota diciendo algo así como que la Dirección de la Revista no se responsabilizaba de lo que yo decía. No sé si pensó que aquello era irreverente; o comunista... Decidí, en vista de lo cual, interrumpir la publicación de los dos artículos que iban a seguir, sobre Ebenezer Howard y sobre Patrick Geddes. Y entonces pensé en escribir un libro extendiéndome hasta el presente.

El libro apareció en 1967, editado por Ciencia Nueva, una de las editoriales progres que, por entonces, empezaron a surgir en España. A Alberto Corazón le debo la mejor edición a que un librito como aquél podía aspirar. Decir que estuvo inspirado con el diseño gráfico –tan exquisitamente irreverente–, en el caso del Alberto de hoy en día, el de la “imagen corporativa”, puede parecer sarcástico; pero es la verdad. Tuve bastantes comentarios adversos respecto del contenido del libro y algunos de ellos encontraban la definitiva justificación en su misma apariencia; al tiempo que los comentarios favorables, que también los hubo, se extendían en alabanzas sobre esa apariencia. Cuando se disolvió Ciencia Nueva, Alberto se preocupó de reeditararlo, en su propia editorial, en sucesivas ediciones revisadas (en 1970 y 1974). Para entonces yo ya me había ido a vivir a Inglaterra; y lo más significativo de toda esta historia puede que sea el hecho de que, si en algo incidió aquel exilio en esas revisiones, fue, por así decirlo, en una exacerbación de la ilusión original y en una reflexiva asimilación de una tradición urbanística, como la inglesa: desde siempre, ligada a la lucha de clases. Ni tan estéril, la una, ni tan tergiversadora, la otra, seguramente.